

NUEVA PRIMAVERA

I.

En esas galerías de pinturas
que de la Pompadour al tiempo datan,
se suele ver la imágen de un guerrero
que á marchar al combate se prepara
armado de los piés á la cabeza,
escudo al brazo y en el ristre lanza.
Ligeros amercillos le provocan
y el escudo y la lanza le arrebatan,
y no obstante su esfuerzo y resistencia,
con cadenas de flores le embarazan.
De este modo, con mezcla de alegría
y de dolor, combato con mis trabas,
en tanto que otros á luchar acuden
en pró la libertad á la batalla.

II.

Bajo un árbol sentado
 blanco de escarcha, estás oyendo el viento
 á lo léjos silbar y ves las nubes
 cubriéndose de un velo ceniciento.
 Ves cuán muertos parecen bosque y prado,
 qué arrasados, qué calvos: te rodea
 el invierno, el invierno está en tí mismo
 también y está tu corazón helado.

Tu cabeza de pronto se blanquea
 con albos copos, é imaginas sea
 que aquel árbol se mueve
 y en tu frente sacude
 su polvillo de nieve,
 mas no tardas en ver con alegría
 que no es polvo de nieve: son las flores
 de primavera ricas en olores,
 que te envuelven é inquietan á porfia.

¡Oh encanto de agradables sensaciones!
 En Mayo se convierte el crudo invierno,
 la nieve en flores se trasforma al punto,
 y hasta tu corazón medio difunto
 ama de nuevo enamorado y tierno.

III.

Todo en el bosque reverdece y brota
 cual bajo la emoción de una alegría

virginal é inefable. El sol, que envía
 una amable sonrisa á la pradera,
 desde la altura de los cielos dice:
 «Salud, oh hermosa y jóven primavera!»

También yo, ruiseñor, oigo tu acento
 compuesto de sollozos de dolores
 y de notas de júbilo y contento:
 tu canción, ruiseñor, no es más que amores.

IV.

¡Qué llenas de consuelo,
 qué súaves miradas
 los ojos de la noche
 primaveral derrama!...
 Si de hallarte abatido
 el amor fué la causa,
 el amor por sí solo
 reanimará tu llama.

Sobre el tilo se posa
 el ruiseñor y canta,
 y á medida que el canto
 penetra hasta mi alma,
 el alma toda entera
 siento que se dilata.

V.

Amo á una flor é ignoro á qué flor amo,
 de cuya causa emana mi dolor;

miro en todos los cálices y en ellos
buscando voy en vano un corazón.

Las flores diseminan sus aromas,
el sol se pone, canta el ruiseñor,
y un corazón hermoso como el mío,
con tan tierna emoción buscando voy.

El ruiseñor resuena sus cantares,
de los cuales comprendo el dulce son;
los dos estamos ¡ay! tan oprimidos
¡tan inquietos estamos ¡ay! los dos!...

VI.

Mayo ha venido, las plantas
y los árboles florecen;
las nubes color de rosa
cruzan la esfera celeste,
y cantan los ruiseñores
en la enramada silvestre,
y bala el cordero blanco
entre medio de los verdes
y tiernos tallos de trébol.
¡Ay!... mi garganta no puede
cantar ni balar siquiera:
yo me encuentro sobre el césped
acostado, estoy enfermo,
oigo un retintín alegre
de campanillas lejanas,
y sueño... no sé qué sueñe.

VII.

Dulcemente, en el fondo de mi pecho,
resuena el retintín de una graciosa
y bella melodía. Cancioncilla
primaveral: resuena, vuela en toda
la extensión del espacio, vuela, vuela;
llega hasta donde ensanchan sus corolas
las más hermosas de las nuevas flores,
y si ves entre aquellas una rosa,
dile que yo de corazón le envío
mi cortés parabien y mis memorias.

VIII.

Hállase enamorada de la rosa
la mariposa,
que de volar no para á su alrededor,
y á quien un rayo de oro reluciente
del sol poniente
la mima y acaricia con amor.

Mas la rosa ¿á quién ama? ¿Por quién arde?
Quisiera yo saberlo: ¿es por ventura
al ruiseñor que canta en la espesura
ó al astro silencioso de la tarde?

Ignoro, pues, á quién ama la rosa;
pero yo os amo á todos con ardor,
rosa, rayo de oro, mariposa,
estrella de la tarde y ruiseñor.

IX.

Resuenan todos los árboles
y en todos los nidos cantan:
¿qué maestro es quien dirige
la orquesta de la enramada?

¿Es la canosa avefria
de pluma gris, que en su rama
está guiñando los ojos
con ademan de importancia?

¿Es aquel ave pedante
que, satisfecha y pagada,
sin cesar se balancea
y su eterno *cucú* canta?

¿Es la cigüeña, ese grave
animal que con su pata
produce rúido como
si dirigiese la banda?

No, en mi corazón es donde
aposentado se halla
el maestro que dirige
la orquesta de la enramada;
llevar el compás le sienta
y creo que Amor se llama.

X.

«En el principio era el dulce
ruiseñor y cantó el verbo:

¡Psiquit! ¡Psiquit! Y al sonido
de sus canciones se abrieron
la margarita y el césped
y la violeta. En el pecho
se dió un picotazo y sangre
brotó encarnada, que un bello
rosal produjo, al que canta
su amor acendrado y tierno.

«A nosotros, pajarillos
de este bosque, nos ha absuelto
y redimido la sangre
que vertió su herida; pero
cuando el ave redentora
no cante más su perpétuo
amor á la rosa, entonces
no hay remedio, nos perdemos
los pajarillos del bosque,
todos y aun el bosque entero.»

De este modo al gorrioncillo
alecciona el gorrion viejo
anidado sobre un roble.
La hembra, que ocupa el puesto
de honor, lanza sus *piu piu*
de la narracion enmedio.
Es muy mujer de su casa,
buena mujer de gobierno,
que hábilmente y sin enfado
cobija, empolla sus huevos.

El gorrion, por su parte,
queriendo sus pasatiempos
aprovechar, les enseña
la doctrina á sus hijuelos.

XI.

La noche hermosa y templada
de primavera ha hecho abrirse
todas las flores, y como
mi corazón se descuide,
va á enamorarse de alguna;
pero ¿qué flor es posible
que me coja entre sus redes?
Los ruseñores me dicen
en sus discretos cantares
que me guarde y desconfie
de las violetas, tan tímidas,
tan modestas, tan humildes...

XII.

El mal se agrava; suenan las campanas
y pierdo la razón, mas no es extraño:
la primavera y dos hermosos ojos
contra mi corazón han conspirado.

La primavera y dos hermosos ojos
de nuevo me trasportan; pero alcanzo
que en tal conspiración los ruseñores
y las rosas están muy complicados.

XIII.

¡Ah! yo quisiera llorar,
llorar lágrimas de amor,

lágrimas llenas al par
de delicia y de dolor;
mas no lo podré lograr.

¡Ah! el deleite y la amargura,
la miseria y la dulzura
del amor ¡dulce tormento!
deslizarse en mi alma siento,
cuya dolencia aún le dura.

XIV.

Entre la yerba mira
la primavera
con sus ojos azules:
son las violetas,
que para un ramo
he cogido en el bosque
por donde vago.

Las cojo; pienso, y todos
los pensamientos
que viven y suspiran
dentro mi pecho,
todos los canta
el ruseñor posado
sobre las ramas.

Todo lo dice en notas
sonoras, graves,
que á lo léjos resuenan
por todo el aire.

¡Así conoce
mi secreto más tierno
ya todo el bosque!

XV.

Cuando cerca de mí pasas,
apénas tan solo siento
que me roza tu vestido,
brinca de gozo mi pecho
y sobre tu hermosa huella
se precipita frenético;
mas cuando vuelves la cara
y me miras con tus bellos
ojos, tanto se amedrenta
que apénas seguirte puedo.

XVI.

La esbelta flor acuática se mece
en el lago con dulce balanceo,
y el astro de la noche la saluda
de languidez temblando y de deseo.

Confusa entónces la cabeza inclina
hacia las ondas, donde ve al instante
á sus piés reflejado el rostro pálido,
descolorido, de su pobre amante.

XVII.

Si tienes buena vista
y miras mis canciones,
verás que en todas ellas se pasea
vagando acá y allá una linda jóven.

Si tienes oído fino,
fácilmente la oyes,
y sus suspiros, su cantar, su risa
tu corazón harán que se trastorne.

De su voz con el timbre
y con los resplandores
de su mirada, como yo turbado,
irás soñando errante por el bosque.

XVIII.

¡Quién te mueve á que te azores
errante de esa manera
las noches de primavera?
Has vuelto locas las flores.

Hállanse las margaritas
despavoridas, las rosas
turbadas y ruborosas,
las flores de lis marchitas.

¡Oh luna! ¡Qué mogigata
casta de flores! Razon
tienen: una indiscrecion
he cometido insensata.

Mas ¿podiera yo, no obstante,
saber que escuchaban ellas
cuando hablaba á las estrellas
con la embriaguez del amante?

XIX.

Cuando tus ojos azules
me miran con embeleso,
tan sonámbulo me dejan
que ni siquiera hablar puedo.

Cuando en tus azules ojos
pensando estoy, un océano
de pensamientos azules
inunda todo mi pecho.

XX.

Otra vez bajo el yugo
está mi corazón recalcitrante;
todo su antiguo enojo
se disolvió al instante:
una vez más mi pecho se restaura
de Mayo con el áura
y en él revive el fuego del amante.

Todavía paseo
tarde y mañana por las calles de árboles
más concurridas, y debajo cada
sombbrero que allí veo
de paja, encontrar creo
el rostro de mi amada.

Otra vez á la orilla de las ondas,
otra vez me detengo sobre el puente...
pensando si por él, como otros días,
su coche pasará rápidamente
y hallarán sus miradas á las mias.

Otra vez oigo sanas advertencias
de la cascada en el murmullo blando
y mi pecho comprende lo que dicen
las blancas ondas. Otra vez soñando
me he perdido en las sendas que se cruzan,
y otra vez con descoco
los pájaros se mofan
en los zarzales del amante loco.

XXI.

La rosa embalsama el aire;
pero si la rosa huele
los aromas que despide,
si el ruiseñor mismo siente
lo que agita nuestra alma
en los sollozos perennes
de sus canciones, lo ignoro;
mas la verdad entristece
con frecuencia, y aunque rosa
y ruiseñor emitieren
sentimientos que no abrigan,
tan engañadora especie
fuera, como en muchos casos,
digna de que se aproveche.

XXII.

Por lo mismo que te amo,
tu presencia huyo de suerte
que me privo hasta de verte;
pero no te enfades, no:
esa tu cara tan bella,
tan serena, ¿cómo habria
de armonizar con la mía
tan afligida de amor?

Por lo mismo que te amo,
tambien está mi semblante
bastante flaco, bastante
descolorido... y al fin
tú misma terminarías
por encontrarme hasta feo:
no te irrites si deseo,
por consiguiente, huir de tí.

XXIII.

Errante voy por medio de las flores
y con ellas dilátome yo mismo;
errante voy con tal sonambulismo
que vacila mi paso acá y allá.

¡Oh! dame tu sosten; de lo contrario
la embriaguez de mi amor me lanzaría
de repente á tus piés, amada mía,
cuando el jardín de gente lleno está.

XXIV.

Como tiembla la imágen
de la luna en las olas
impetuosas, mientras
sereno se remonta
el astro por la altura
de la celeste bóveda,
así marchas tranquila,
serena, amada hermosa;
pero tu imágen tiembla
de mi pecho en las olas
que con tanto ó más impetu
se agitan y zozobran.

XXV.

Una Santa Alianza
mi corazon y el tuyo concluyeron,
y apretados el uno contra el otro,
se comprendian de comun acuerdo.

Sólamente ¡ay! la rosa,
esa pobre aliada que tu pecho
adornaba, salió casi aplastada
de tan cordial inteligencia en medio (1).

(1) No cabe pensamiento más poético, más delicado, sin que
deje de aludir con una sola palabra á las consecuencias, bas-
tantes veces funestas, de las alianzas internacionales.

XXVI.

Dime: ¿quién ha inventado los relojes,
la division del tiempo y los minutos?

Era un hombre sombrío:
toda una noche del invierno frío
se pasaba sentado meditando
y el trotecillo familiar contando
de los ratones y el rumor monótono
del gusano que rõe la madera
de acompasada y especial manera.

Dime: ¿quién ha inventado el primer beso?
Era una boca por completo ardiente
de dicha y de ventura, que estampaba
sin pensar más que en eso
los dulces besos que el amor brindaba,
Era en el mes de Mayo sonriente,
cuando las flores del jardín nacian,
el ruiseñor cantaba
y los rayos del sol resplandecian (1).

(1) El que inventó los relojes, esa inteligencia fría y positiva, y el que inventó los besos, esa boca ardiente de voluptuosidad, tienen en esta poesía una relación y un contraste. El contraste es por demás notorio; la relación, á nuestro modo de ver, consiste en que el deleite del beso está siempre, no obstante, limitado por el curso inflexible de las horas y los minutos. Nada escribe el poeta sin que tenga su correspondiente fondo filosófico, ó sea que, estudiando al escritor prusiano, descubrimos sutilezas en que acaso el mismo autor no se detuvo.

XXVII.

¡Cómo embalsaman los claveles! ¡Cómo
en medio un cielo de color violeta
las estrellas, enjambre de doradas
abejas, centellean!

De los castaños en la sombra luce
la villa hermosa y blanca; oigo la puerta
de cristales crujir, oigo el murmurio
de la voz más angélica.

¡Tiernos abrazos! ¡Gratas emociones!
¡Sensaciones de amor y encanto llenas!
Y cantan ruiseñores, y en acecho
están las rosas nuevas.

XXVIII.

¿No soñaba yo otras veces
la misma dicha? ¿No fueron
las mismas flores, los mismos
árboles, los mismos besos
y miradas? ¿No pasaba
así la luna por medio
de las hojas que ofrecian
á nuestro cariño techo?
¿No hacian dioses de mármol,
lo mismo que hoy, en el suelo
una guardia silenciosa?...

¡Ay! sé bastante cuán presto
 cambian estos seductores
 y por demás gratos sueños:
 sé muy bien cuál se marchitan
 las flores, cómo el invierno
 á los árboles rodea
 de un manto de nieve espeso,
 y cómo tambien nosotros
 á enfriarnos llegaremos
 y á ausentarnos y olvidarnos,
 nosotros que tan inmenso
 amor tenemos ahora
 y que de modo tan tierno
 un corazon contra el otro
 nos estrechamos frenéticos.

XXVIII (1).

Los dulces besos á la sombra hurtados
 y á la sombra devueltos ¡cómo llenan
 de embriaguez y de dicha el alma amante!
 Mécidas por recuerdos que enagenan
 y por presentimientos aún más gratos,
 tambien en ese instante
 nuestras almas dichosas
 piensan del porvenir en muchas cosas.

(1) En el texto que ha servido de base á nuestro trabajo aparecen con el mismo número de orden (XXVIII) esta poesía y tambien la precedente. No hemos creído oportuno rectificar la errata por no alterar la numeracion de todas las que siguen.

Pero mucho pensar en esa hora
 en que se está abrazado con anhelo,
 es enojoso; alma querida, llora
 más bien y busca en tu llorar consuelo.

XXIX.

Un rey anciano habia;
 su corazon estaba ya extenuado,
 su pelo gris, pero con una jóven
 unióse en matrimonio el rey anciano.

Habia un bello paje
 de pelo rubio, de carácter vario,
 el cual llevaba á la consorte régia
 la cola de su traje de brocado.

¿Sabes el cuento antiguo?
 ¡Es á la vez tan dulce y tan amargo
 su recuerdo!... Los dos morir debieron:
 se amaban los dos mucho, demasiado.

XXX.

Las imágenes que el tiempo
 completamente extinguió
 florecen de nuevo ahora
 dentro de mi corazon...
 ¿Por qué el alma se me agita?
 ¿Qué es lo que hay en tu voz?

¡No me digas que me amas!
Sé que todo bajo el sol,
cuanto hay más bello en la tierra,
la primavera, el amor,
todo miserablemente
morirá sin excepcion.

¡No me digas que me amas!
¡Oh! no me lo digas, no;
abrázame sólo y cállate,
calle del todo tu voz
y sonríe, si mañana
traigo á tu contemplacion
este manojo de rosas
marchitas y sin olor.

XXXI.

Con la luz de la luna ébrias las flores
del tilo en torno su perfume esparcen,
y de los ruiseñores con el canto
retumba todo el bosque, todo el aire.

—«¡Qué dulce, amado mio,
bajo el tilo sentarse
cuando la luna rompe
su protector follaje!
Repara en esta hoja:
su forma es semejante
á un corazon; por eso
entre todos los árboles
la preferencia al tilo

conceden los amantes,
y á su sombra la tierna
conversacion les place.
Pero tú te sonríes
como absorto en distantes
sueños. ¡Oh amado mio!
Habla, pues, dime: ¿cuáles
son los nuevos deseos
que en tu corazon nacen?»

—«¡Ah! Con placer te lo diré, mi amada:
quisiera que del Norte nos mandase
blanca nevada un viento seco y frio,
y que, envueltos con pieles, á los valles
y á los rios helados, en trineos
de diversos colores nos llevasen,
de alegres cascabeles al ruido
y al crugir de los látigos sonantes (1).

XXXII.

Esta noche en el bosque, al resplandor
de la luna, los elfos ví pasar;
oí sus campanillas resonar,
oí de sus trompetas el clamor.

(1) Aquí el poeta, que tanto estima la templanza del Mediodía, se muestra inconsecuente deseando una blanca nevada, los rios helados, el abrigo de las pieles y la carrera en trineo. No deja de ser un rasgo de caprichoso ingenio.

Sobre corceles blancos que llevaban
cornamentas de oro en la cabeza,
los elfos cabalgaban,
y los aires hendían
con tanta ligereza
que un tropel ahuyentado
de selváticos cisnes parecían.

Noté en la reina, que pasó á galope,
una sonrisa y cierto movimiento:
y sonrió de esta suerte
porque me vió de nuevo enamorado,
ó fué un presentimiento,
algun augurio présago de muerte?

XXXIII.

Por la mañana te envió
las violetas que en el bosque
he encontrado desde el alba,
y te traigo por la noche
todas las rosas que cojo
cuando el sol ya se traspone.

¿Sabes tú lo que pudieran
decirte esas bellas flores
en su lenguaje simbólico?
«Séme fiel desde que asome
el alba en el cielo y ámame
durante todas las noches.»

XXXIV.

Tu carta no me da inmensa
inquietud ni es alarmante:
ya no me quieres; no obstante
es tu carta bien extensa.

¡Doce páginas y todo
con letra hermosa y metida!
Para dar la despedida
no se escribe de ese modo.

XXXV.

No temas que yo descubra
mi amor delante la gente
aunque mi lábio, á propósito
de tu hermosura, se extreme
en retóricas figuras
ó en amorosos hipérboles.
Este abrasador secreto
está cuidadosamente
escondido bajo un bosque
de flores. Si algunas veces
brotan chispas sospechosas,
no temas nada: la gente
de nuestro tiempo en las llamas
verdaderas nunca cree
y tomará todo esto
por poesía, como suele.

XXXVI.

Esos rumores de que llena el día
 la primavera, llenan
 también mis noches y hasta en sueños suenan
 á mi oído sus ecos, su armonía:
 sólo que entonces, como en tierra de hadas,
 es más dulce y gracioso
 el canto de las aves,
 los aires más suaves,
 y más ardiente y más voluptuoso
 de las violetas el aroma; brillan
 las rosas aun más bellas
 y llevan glorias de oro como aquellas
 cabezas de angelitos que en los cuadros
 de iglesia pintan. Créome ser entonces
 un ruiseñor y canto mis amores
 á esas orladas rosas,
 soñando melodías prodigiosas,
 hasta que ya del sol los resplandores,
 ya el cantar de esos otros ruiseñores
 que murmuran enfrente á mi ventana,
 me despiertan, en fin, por la mañana.

XXXVII.

Poco á poco, muy calladas,
 por la bóveda celeste
 con sus piecitos de oro
 marchan las estrellas; temen

que se despierte la tierra,
 la cual pacífica duerme
 en el seno de la noche.
 Allá escuchando aparecen
 los bosques, y cada hoja
 no es más que una oreja verde,
 y el monte su largo brazo
 de sombra soñando extiende;
 pero ¿quién llama? Los ecos
 de estos acentos con fuerte
 emoción han retumbado
 de mi pecho en las paredes.
 ¿Era la voz de mi amada
 ó el ruiseñor solamente?

XXXVIII.

La primavera está grave, severa,
 hay tristeza en sus sueños: cada flor
 parece penetrada de dolor;
 de un sello melancólico está impreso
 el suave cantar del ruiseñor...
 ¡Oh! no sonrías, no, de esa manera,
 mi amada; más bien llora: con un beso
 enjugarte una lágrima quisiera.

XXXIX.

¡Es necesario! ya debo arrancarme
 del corazón que adoro tiernamente;
 ya, pues, debo arrancarme: ¡si supieras
 cuánto sufro al partir, cuánto me duele!

Por el puente va el coche; abajo el río
lóbrego y mustio á su pesar se mueve
y una vez más le doy mi despedida
al corazón que adoro tiernamente.

Las estrellas desfilan en el cielo
como si todas mi dolor huyesen.
Adios ¡oh amada mía! dentro el alma,
do quiera que yo esté, tú estarás siempre.

XL.

Nuestros deseos florecen
y se marchitan despues,
florecen de nuevo y tornan
á marchitarse otra vez:
lo mismo le pasa á todo
en este mundo. Yo sé
muy bien esto, en menoscabo
de mi amor y mi placer.
Tiene tal inteligencia
mi corazón, es también
tan experto, que echa sangre
por dentro á más no poder.

XLI.

Es el aspecto del cielo
como el rostro de un anciano,
con escasa cabellera
de grises nubes flotando

sobre su redonda frente,
y un ojo sólo encarnado.

Baja su vista siniestra
hacia la tierra; aquí abajo
se secan hojas y flores,
y el amor, los tiernos cantos
deben también marchitarse
en el corazón humano (1).

XLII.

Taciturno, sombrío,
el corazón helado,
recorro el mundo igual de triste y frío:
otoño ha terminado,
y todos los paisajes, medio muertos,
aparecen cubiertos
con húmedo crespon de espesa niebla.
Silban los vientos, azotando á un lado
y á otro aquellas hojas
amarillas y rojas
que desprenden los árboles: el bosque
lanza un gemido leve;
de un vapor humeante la neblina
se cubre y, lo peor de todo, llueve.

(1) La comparación del aspecto del cielo con el rostro de un anciano á quien no le queda más que un ojo, enfermo acaso de oftalmía, y con escasa cabellera cana como las grises nubes de la tarde, está llena de extravagancia; pero también de verdad pictórica. En las puestas del sol de la terminación del estío se ve el cielo muchas veces de ese modo extraordinario, tan peregrinamente pintado por el poeta.

XLIII.

Las nieblas del fin de otoño,
como fantasmas glaciales,
van cayendo lentamente
sobre el llano y sobre el valle.

La tempestad se apresura
á deshojar á los árboles,
que, á la manera de espectros,
desnudos y calvos yacen.

Un árbol sólo, uno sólo,
silencioso, triste y grave,
permanece sin embargo
cubierto con su follage;
y humedecido con lágrimas
de dolor que en torno esparce,
de vez en cuando sacude
su cabeza áun verdéante...

Mi corazón se asemeja
á este desierto paisaje,
y ese árbol hoy tan verde
como en Mayo, es vuestra imagen,
señora, imagen de vuestra
hermosura inalterable (1).

(1) Esta es una verdadera poesía de *álbum*, galante, delicada, con toda elegancia del estilo parisiense. Ya no es la amada á quien se tutea: la señora á quien se rinde culto es á quien el autor dedica esta preciosa y breve alegoría.

XLIV.

¡Un cielo gris y ordinario!
La ciudad siempre la misma;
siempre en el Elba, tan flojo
y tan torcido, se mira.

¡Largas narices que suenan
de la manera aburrida
y estrepitosa de siempre
y que hácia abajo se inclinan
con devoción falsa é hipócrita,
ó con presunción se hinchan!...

¡Cuánto adoro vuestro cielo,
comarcas del Mediodía,
cuánto adoro vuestro hermoso
cielo y vuestras hermosísimas
deidades, al ver de nuevo
la ciudad siempre la misma,
y estos hombres insufribles
y tan insufrible clima!